

# Primera parte

*Esto es romero, para recordar;  
te suplico, amor, que no me olvides.*

OFELIA, *Hamlet*, cuarto acto, escena 5



# 1

*Yo te libero... Te libero, Lenah Beaudonte.*

*Cree... y sé libre.*

Ésas fueron las últimas palabras que pude recordar. Pero eran informes, dichas por alguien cuya voz no recordaba. Podría haber ocurrido hacía siglos.

Cuando me desperté, sentí de inmediato algo frío contra mi mejilla izquierda. Un gélido escalofrío me recorrió la espalda. Aunque tenía los ojos cerrados, comprendí que estaba desnuda, tendida boca abajo en un suelo de madera noble.

Sofoqué una exclamación de asombro, aunque como tenía la garganta tan seca emití un sonido espantoso, animal. Tres inspiraciones trabajosas, luego *pum-pum pum-pum*, los latidos de un corazón. ¿El mío? Podía haber sido el batir de diez mil alas. Traté de abrir los ojos, pero con cada parpadeo se producía un chorro de una luz cegadora. Luego otro. Y otro.

—¡Rhode! —grité. Él tenía que estar aquí. Sin Rhode el mundo no existiría.

Me retorcí en el suelo, cubriéndome el cuerpo con las manos. Les aseguro que no soy el tipo de persona que sue-

le estar desnuda y sola, y menos con el sol brillando sobre mi cuerpo. Pero ahí estaba, bañada en una luz dorada, convencida de que dentro de unos instantes padecería una muerte dolorosa y ardiente. No podía ser de otro modo. Dentro de poco las llamas surgirían del interior de mi alma y me reducirían a cenizas.

Pero no ocurrió nada. No hubo llamas ni una muerte inminente. Sólo el olor a roble del entarimado. Tragué saliva y los músculos de mi cuello se contrajeron. Tenía la boca húmeda de... ¡saliva! Mi pecho descansaba sobre el suelo. Me apoyé en las palmas de las manos y estiré el cuello para contemplar la fuente de mi suplicio. Una intensa luz diurna entraba a raudales por la amplia ventana sale-diza de un dormitorio. El cielo presentaba un color azul zafiro, desprovisto de nubes.

—¡Rhode! —Mi voz parecía girar como un remolino en el aire, vibrando al brotar de mi boca. Estaba sedienta—. ¿Dónde estás? —grité.

Una puerta cercana se abrió y cerró. Oí unos pasos vacilantes, como alguien que trastabillaba, y al cabo de unos instantes las botas negras con hebilla de Rhode penetraron en mi campo visual. Me tumbé de espaldas y alcé la vista al techo. Jadeaba. ¡Dios mío! ¿Era posible que estuviera respirando?

Rhode estaba junto a mí, pero su figura era borrosa. Se inclinó hacia delante de forma que sus rasgos imprecisos estaban a escasos centímetros de mi rostro. Luego lo vi, como si saliera de entre la bruma, con un aspecto que yo jamás había visto. La piel de sus pómulos estaba tan tensa que parecía como si los huesos fueran a traspasarla. Su amplia y orgullosa mandíbula era en ese instante una afilada punta. Pero el azul de sus ojos era el mismo. Incluso en ese brumoso momento me taladraron, clavándose en mi alma.

—¡Qué casualidad encontrarte aquí! —dijo. Pese a las negras ojeras que enmarcaban sus ojos, me miró con una expresión chispeante que brotaba de lo más profundo de su ser—. Feliz decimosexto cumpleaños —añadió alargando la mano.

Rhode sostenía un vaso de agua. Me incorporé, tomé el vaso de sus manos y lo apuré de tres ávidos tragos. El chorro de agua fresca se deslizó por mi garganta, a través de mi esófago y penetró en mi estómago. Junto con el agua penetraron unas gotas de sangre, una sustancia a la que estaba acostumbrada, pero su absorción por el cuerpo vampírico se asemeja a una esponja absorbiendo un líquido. Hacía tanto tiempo que no bebía un vaso de agua...

En la otra mano Rhode sostenía un pedazo de tejido negro. Cuando lo tomé, el tejido se desdobló y resultó ser un vestido negro. Era de algodón ligero. Me levanté del suelo. Las rodillas apenas me sostenían, pero extendí los brazos para conservar el equilibrio. Me quedé quieta unos momentos, hasta apoyar los pies con firmeza en el suelo. Cuando traté de caminar, una pequeña vibración me sacudió de tal forma que mis rodillas se rozaron.

—Ponte el vestido y ven a la otra habitación —dijo Rhode, saliendo del dormitorio con paso torpe y cansino. Debí percatarme que al caminar tenía que sujetarse al marco de la puerta, pero las rodillas y los muslos me temblaban y tuve que esforzarme de nuevo en conservar el equilibrio. Dejé caer los brazos perpendiculares al cuerpo. Mi cabellera castaña se soltó y unos mechones, como algas, se adhirieron a mi cuerpo desnudo. Los más largos me llegaban a los pechos. Habría dado lo que fuera por poder mirarme en un espejo. Inspiré unas cuantas veces y volví a sentir que las rodillas me temblaban. Miré a mi alrededor

en busca de un corsé, pero no vi ninguno. ¡Qué curioso! ¿Acaso tenía que pasearme por este lugar sin un corsé que me ciñera la cintura? Me puse el vestido, cuya falda apenas me cubría las rodillas.

Yo no aparentaba más de dieciséis años, pero si alguien hubiera calculado ese día mi edad, oficialmente cumpliría quinientos noventa y dos.

Todo era tan nítido y brillante... Demasiado brillante. Unos haces de luz trazaban diminutos arcos iris sobre mis pies. Eché un vistazo alrededor de la habitación. Pese a haberme despertado postrada en el suelo, sobre una cama de hierro forjado había un colchón cubierto con una colcha negra. Al otro lado de la habitación había una ventana salediza a través de la cual se veían hojas grandes y ramas que se mecían bajo la brisa. Debajo de la ventana había un asiento cubierto con unos mullidos cojines de color azul.

Deslicé los dedos sobre la textura de la madera de las paredes y me pareció increíble poder sentirla. La madera tenía varias capas y palpé las zonas en relieve e irregulares con las suaves yemas de mis dedos. Mi existencia como mujer vampiro significaba que todas mis terminaciones nerviosas estaban muertas. Sólo al recordar el tacto de las cosas cuando era humana podía mi mente vampírica descifrar si lo que tocaba era blando o duro. Los únicos sentidos que conserva un vampiro son los que potencian su habilidad para matar: el sentido del olfato estaba unido a la carne y la sangre; la vista era de una precisión extremadamente sobrenatural, cuyo único fin era localizar las presas al instante.

Pasé de nuevo los dedos sobre la pared y sentí de nuevo escalofríos que me recorrían los brazos.

—Ya habrá tiempo para eso —dijo Rhode desde la otra habitación.

Los latidos de mi corazón resonaban en mis oídos. Percibí el aire. Al caminar, los músculos de mis muslos y mis pantorrillas se tensaron produciéndome un intenso dolor, pero luego se relajaron. A fin de dejar de temblar, me apoyé en la puerta y crucé las manos sobre el pecho.

—¿En qué siglo estamos? —pregunté, cerrando los ojos y respirando hondo.

—En el veintiuno —respondió Rhode. Su pelo negro, que la última vez que le vi le llegaba a la mitad de la espalda, lo llevaba ahora muy corto y peinado de punta. Alrededor de su muñeca derecha llevaba una venda de color blanco.

—Siéntate —murmuró.

Me senté en un sofá azul pálido situado frente a un sillón reclinable.

—Tienes un aspecto horrible —murmuré.

—Gracias —contestó Rhode esbozando una leve sonrisa.

Tenía las mejillas tan hundidas que sus viriles facciones, antes muy marcadas, parecían ahora adheridas a sus huesos. Su piel antaño dorada había adquirido un tono amarillento. Observé que los brazos le temblaban cuando se sentó en el sillón, apoyándose en ellos hasta haberse instalado cómodamente.

—Cuéntamelo todo —le pedí.

—Dame un momento —respondió.

—¿Dónde estamos?

—En tu nuevo hogar. —Rhode cerró los ojos. Apoyó la cabeza en el respaldo del sillón. Sus manos aferraron los brazos de éste y observé que los anillos que antes adornaban sus dedos habían desaparecido. No lucía la serpiente negra y enroscada con ojos de esmeraldas ni el anillo del veneno para emergencias (lo que significaba que siempre estaba lleno de sangre). Sólo llevaba una sortija en el dedo

meñique. La mía. La sortija que yo había lucido durante quinientos años. Entonces caí en la cuenta de que mis manos estaban desnudas. La sortija consistía en un pequeño aro de plata con una piedra oscura, un ónice. «No luzcas nunca un ónice a menos que desees o conozcas la muerte», me había dicho Rhode en cierta ocasión. Yo le creí. Por lo demás, hasta ese momento estaba convencida de que ningún vampiro gozaba más que yo sembrando la muerte.

Traté de rehuir su mirada. Nunca había visto a Rhode tan débil.

—Eres humana, Lenah —dijo.

Asentí con la cabeza, pero fijé la vista en las líneas del suelo de madera noble. No podía responder. Todavía no. Lo anhelaba demasiado. La última discusión que había tenido con Rhode, antes de despertarme en ese dormitorio, había sido sobre mi deseo de convertirme en humana. Nos habíamos peleado, una pelea que supuse que duraría siglos. Y en cierto sentido, así fue, puesto que se había producido un siglo antes de ese momento.

—Por fin has conseguido lo que ansiabas —musitó él.

De nuevo rehuí su mirada. No soportaba el frío azul de sus ojos escrutándome. Su aspecto había cambiado hasta el extremo de que parecía como si estuviera marchitándose. Cuando estaba en la plenitud de su salud, su pronunciada mandíbula y sus ojos azules le convertían en uno de los hombres más guapos que yo había visto jamás. Digo «hombre», aunque no estoy segura de su edad. Quizá fuera un muchacho cuando se convirtió en vampiro, pero con el paso de los años estaba claro que había visto y hecho tantas cosas que había envejecido. Cuando los vampiros alcanzan la madurez de su existencia, adquieren un aspecto tan etéreo que es casi imposible adivinar su edad.

En mi afán por eludir su mirada, examiné la sala de



estar. Parecía como si Rhode acabara de mudarse aquí, aunque la atmósfera de la habitación llevaba impregnada su presencia. Aparte de algunas cajas apiladas junto a la puerta, todo parecía ocupar su lugar correspondiente. El apartamento estaba decorado con muchos de los objetos pertenecientes a mi vida vampírica. Concretamente, objetos que había tenido en mi alcoba. En la pared colgaba una espada antigua, montada sobre una placa de metal sostenida por unos ganchos dorados. Era una de las piezas favoritas de Rhode, su espada de los tiempos en que había pertenecido a la Orden de la Jarretera, un círculo de caballeros a las órdenes del rey Eduardo III. Era una espada especial, forjada de forma mágica, fuera de la hermandad. Ostentaba una empuñadura de cuero negro y una ancha hoja que se estrechaba hasta acabar en una afilada y mortífera punta. En el pomo, el contrapeso en forma de rueda situado en la parte superior de la espada, había unas palabras grabadas: *Ita fert corde voluntas*, «El corazón lo desea».

En la pared, a cada lado de la espada, candelabros de hierro en forma de rosas unidas por una enredadera con espinas sostenían unas velas blancas, las cuales estaban apagadas. Para desterrar a los espíritus malignos y la energía negativa de una casa, es preciso encender velas blancas. Todo vampiro dispone de ellas para protegerse contra otras magias siniestras. Sí, en el universo existen cosas peores que los vampiros.

—Había olvidado tu belleza humana.

Miré a Rhode. No sonreía, pero sus ojos chispeaban de una forma que comprendí su significado. El hecho de verme ahora en mi forma humana representaba para él un logro personal. Había conseguido lo que se había propuesto hacía siglos.

## 2

*Hathersage, Inglaterra. The Peaks*  
*31 de octubre de 1910 al anochecer*

Mi casa era un castillo de piedra. Había estancias con pasillos de mármol y techos pintados. Yo vivía en Hathersage, una población rural célebre por sus ondulantes colinas y quebradas. Mi castillo estaba alejado de la carretera y situado frente a unos prados inmensos. Esa noche era la *Nuit Rouge*, es decir, la Noche Roja. Una vez al año, los vampiros acudían de todos los rincones del globo y se instalaban en mi casa por espacio de un mes. Durante los treinta y un días de octubre, la *Nuit Rouge* atraía a vampiros de todas las razas a mi hogar. Treinta y un días de opulencia. Treinta y un días de puro terror. Ésta era la última noche antes de que todos regresaran a sus respectivas guaridas.

Había anochecido. Sobre mi cabeza las estrellas refulgían en el crepúsculo, arrancando destellos dorados a las copas de cristal. Me abrí camino entre los invitados que bebían sangre y bailaban a los sones de un cuarteto de cuerdas. Rhode me siguió desde la parte posterior del castillo hasta la terraza de piedra. Hombres y mujeres, ataviados con sombreros de copa, corsés y finas sedas de China, reían, obstaculizando el paso a Rhode. Al fondo del casti-

llo, unos escalones de piedra conducían al jardín. En cada escalón había dos cirios blancos dispuestos en los extremos, y la cera derretida formaba pequeños archipiélagos sobre la piedra. El jardín se extendía a lo ancho antes de descender hacia la inmensa campiña. Yo lucía un vestido de seda verde hoja adornado con un cordoncillo dorado, y debajo llevaba un corsé del mismo color.

—¡Lenah! —gritó Rhode, pero pasé apresuradamente a través de la multitud.

Caminaba tan deprisa que durante unos momentos pensé que mis pechos iban a salirse del corsé.

—¡Lenah! ¡Detente! —gritó de nuevo Rhode.

Hacía poco que había anochecido. Eché a correr a través del jardín y bajé por la empinada cuesta hacia los campos.

Yo quería obligar a Rhode a seguirme colina abajo, lejos de los vampiros que había en el castillo. Me detuve al pie de los campos que se extendían a lo largo de un sinfín de kilómetros hasta el horizonte. En esa época, yo presentaba un aspecto distinto. Mi tez era muy blanca y no tenía ojeras ni arrugas en la piel. Tan sólo una tez blanca y lustrosa, sin la menor impureza.

Rhode se detuvo en lo alto de la colina y miró hacia abajo, donde me hallaba yo. Iba vestido de etiqueta, con un sombrero de copa. En la mano derecha sostenía un bastón. Cuando bajó por el costado de la empinada cuesta, las delgadas briznas de hierba que se extendían a lo largo de centenares de kilómetros se inclinaron a su paso. Me volví y contemplé los prados.

—No me has dirigido la palabra en toda la velada —protestó Rhode—. No has despegado los labios. ¿Y ahora vienes corriendo aquí? ¿Te importaría compartir conmigo qué demonios te ocurre?

—¿No lo entiendes? Si dijera una palabra no podría

ocultar mis intenciones. Vicken posee un don asombroso. Es capaz de leer mis labios a cinco kilómetros de distancia.

Vicken era mi última creación; esto es, el último hombre al que había transformado en vampiro. A sus cincuenta años, era asimismo el vampiro más joven de mi clan, aunque no aparentaba más de diecinueve.

—¿Es posible que éste sea un momento de lucidez? —preguntó Rhode—. ¿Que por fin has comprendido que Vicken y tu banda de ingratos son más peligrosos de lo que suponías?

No dije nada. En lugar de responder, observé el viento trazar patrones sobre la hierba.

—¿Sabes por qué te abandoné? —me espetó Rhode—. Temía que hubieras perdido realmente el juicio. Que la perspectiva del tiempo infinito hubiera empezado a nublar tu razón. Te comportabas de forma temeraria.

Me volví bruscamente y ambos nos miramos de inmediato a los ojos.

—No consiento que me critiques por haber creado el clan de vampiros más poderosos y hábiles que existen. Me dijiste que debía protegerme, e hice lo que debía hacer.

—No comprendes lo que has hecho —objetó Rhode, crispando su marcada mandíbula.

—¿Lo que yo he hecho? —respondí avanzando hacia él—. Siento el peso de esta existencia en mis huesos. Como si un millar de parásitos devoraran mi cordura. En cierta ocasión me dijiste que yo era lo que te mantenía cuerdo. Que cuando estabas conmigo te librabas de la maldición del dolor emocional que te aquejaba. ¿Qué crees que me ha ocurrido durante los ciento setenta años en que desapareciste de mi lado?

Rhode encorvó los hombros. Sus ojos eran del azul más puro que yo había visto jamás en quinientos años. La be-

lleza de su nariz fina y aristocrática y su pelo negro nunca cesaba de impresionarme. La esencia vampírica realza la belleza de una persona, pero en el caso de Rhode irradiaba desde su interior e iluminaba su alma; me abrasaba el corazón.

—La magia que une a tu clan es más peligrosa de lo que jamás pude sospechar. ¿Cómo querías que me sintiera?

—Tú no sientes. ¿No lo recuerdas? Somos vampiros —repliqué.

Rhode me agarró el brazo con tal fuerza que temí que me partiera algún hueso. De no haberlo amado más de lo que era capaz de expresar, le habría temido. Rhode y yo éramos almas gemelas. Unidos en un amor cimentado en la pasión, el deseo de sangre, la muerte y una firme comprensión de la eternidad. ¿Éramos amantes? A veces. Unos siglos más que otros. ¿Éramos amigos íntimos? Siempre. Estábamos unidos por vínculos inquebrantables.

—Me abandonaste durante ciento setenta años —dije apretando los dientes. Rhode había regresado la semana pasada del «respiro» que se había dado, según dijo para explicar el hecho de haberse alejado de mí. Desde entonces habíamos sido inseparables—. ¿No adivinas por qué te he traído aquí? —le pregunté—. No puedo contarle a nadie salvo a ti la verdad auténtica.

Rhode me soltó el brazo y yo me volví para mirarlo a la cara.

—No me queda nada. No cuento con las simpatías de nadie —musité, aunque mi voz denotaba un toque histérico. Vi mi imagen reflejada en los ojos de Rhode. Sus dilatadas pupilas eclipsaban el azul, pero yo contemplé la negrura. La voz me temblaba—. Ahora que sé que posees el ritual... No pienso en otra cosa, Rhode. En el hecho de que mi humanidad... quizá sea posible.

—No sabes lo peligroso que es este ritual.

—¡No me importa! Quiero sentir la arena debajo de los dedos de mis pies. Quiero despertarme con la luz del sol penetrando a raudales en mi habitación. Quiero oler el aire. Todo. Quiero sentirlo todo. ¡Dios, Rhode, necesito sonreír, y que mi sonrisa tenga sentido!

—Todos deseamos esas cosas —contestó con calma.

—¿Tú también? No creo que tú las desees —dije.

—Por supuesto. Quiero despertarme y ver unas aguas azules y sentir el sol en mi rostro,

—Es un dolor insoportable —dije.

—Podrías intentarlo de nuevo. Concéntrate en mí, en que me amas —dijo él suavemente.

—En ti, que me has abandonado.

—Eso es injusto —protestó Rhode tomándose las manos.

—Incluso amarte es un suplicio. No puedo sentirte ni tocarte. Miro a los humanos que asesinamos e incluso ellos pueden sentir. Incluso en los últimos minutos de su vida tienen aire en los pulmones y sabor en la boca.

Rhode sostuvo la palma de mi mano en la suya y el calor de su pasión por mí me atravesó la mano y me recorrió el cuerpo. Cerré los ojos, saboreando el momentáneo alivio de las innumerables tragedias que anidaban en mí. Abrí los ojos y me alejé un paso de él.

—Estoy perdiendo la razón y no sé cuánto tiempo más podré resistirlo. —Me detuve durante unos instantes, midiendo bien mis palabras—. Desde que descubriste el ritual —continué—, no pienso más que en eso. En mi escapatoria. —Estaba segura de que mis ojos mostraban una expresión enloquecida—. Lo necesito. Necesito esto. Te suplico por Dios que me ayudes, Rhode, porque si no lo haces, me expondré al sol hasta que me abraze y muera envuelta en llamas.

De pronto se levantó una ráfaga de viento que estuvo a punto de arrancarle a Rhode la chistera. Aún lucía el pelo largo, que le caía sobre los hombros y el abrigo.

—¿Te atreves a amenazarme con suicidarte? No seas tonta, Lenah. Nadie ha sobrevivido al ritual. Miles de vampiros lo han intentado. Todos ellos, sin excepción, han muerto. ¿Crees que soportaría perderte? ¿Separarme de ti?

—Ya lo hiciste —murmuré con rabia.

Rhode me atrajo hacia él tan rápidamente que la presión de su boca sobre la mía me pilló por sorpresa. Emitió un gruñido ronco y me partió el labio inferior. Me lo mordió. Sentí sus rítmicos movimientos mientras succionaba la sangre de mi boca. Al cabo de unos momentos, se apartó y se enjugó el labio ensangrentado con la manga de su chaqueta.

—Sí, te abandoné. Pero tenía que hallar la magia y la ciencia que necesitaba. Si alguna vez probamos este ritual... Tenía que asegurarme. No imaginé que en mi ausencia te enamorarías de otro.

Se produjo un silencio. Él sabía tan bien como yo que supuse que jamás regresaría junto a mí.

—No amo a Vicken como te amo a ti. —Pronuncié cada palabra de forma clara y deliberada. Al cabo de unos momentos añadí—: Quiero dejar de ser lo que soy.

—No sabes lo que te ocurrirá si eliges una vida humana.

—¿Que sentiré el aire? ¿Que respiraré con normalidad? ¿Que experimenté la dicha?

—¿La muerte, la enfermedad, la naturaleza humana?

—No lo entiendo —dije, retrocediendo de nuevo—. Tú mismo has dicho que todos los vampiros anhelan ser humanos. La libertad de sentir algo más que el dolor y sufrimiento constante. ¿No sientes tú ese anhelo?

—Me consume —respondió Rhode, quitándose el sombrero de copa. Contempló los campos—. Allí hay unos ciervos —dijo señalando a lo lejos. Tenía razón. A unos quince kilómetros había una manada de ciervos pastando en silencio. Podríamos haberles succionado la sangre, pero yo le tenía mucho cariño a mi vestido y la sangre desentonaría con la seda de color verde. Por lo demás, detestaba el sabor de la sangre animal y sólo me habría alimentado de ellos en un caso de extrema necesidad. Con la creación del clan, me había asegurado que eso no sucediera jamás.

Rhode deslizó sus manos alrededor de mi cintura y me atrajo hacia él.

—Tu belleza será una fuerza poderosa en el mundo de los humanos. Tu rostro humano podría incluso delatar tus mejores intenciones.

—Me tiene sin cuidado —contesté, sin comprender realmente lo que ello significaba y sin importarme.

Rhode alargó la mano y pasó el índice sobre el fino tabique de mi nariz. Luego restregó suavemente su pulgar sobre mis labios. ¡Ese ceño arrugado, esa mirada penetrante! Aunque hubiese querido, yo no habría podido apartar los ojos de él.

—Cuando te rapté del manzanar de tu padre en el siglo quince vi tu futuro expuesto ante mí —me confesó—. Una intrépida mujer vampiro ligada a mí eternamente. —Se produjo una pausa. La música de la fiesta reverberaba a través de los campos a nuestras espaldas—. Vi mis sueños.

—Entonces dame lo que deseo.

Rhode apretó los labios. Frunció las cejas y contempló los ciervos, que echaron a correr hacia las herbosas colinas. Por su boca silenciosa y su sombría expresión deduje que estaba formulando un plan.



—Cien años —murmuró, sin apartar la vista de los ciervos.

Abrí los ojos como platos.

—A partir de esta noche hibernarás durante cien años. —Rhode se volvió para mirarme y señaló la cuesta. Comprendí que señalaba un cementerio. Estaba situado a la derecha de la terraza, protegido por una verja de hierro forjado rematada por unas afiladas puntas.

La hibernación sólo se produce cuando un vampiro descansa bajo tierra. El vampiro duerme sin tener que alimentarse de sangre; existen varios hechizos para que permanezca en un estado meditativo, casi rayano en la muerte. En una fecha predeterminada, otro vampiro lo reanima. Pero eso sólo es posible a través de la magia. Sólo los vampiros muy valientes (algunos dirían muy estúpidos) se han atrevido a hacerlo.

—La noche antes de que te despiertes —continuó Rhode—, te desenterraré y te llevaré a un lugar seguro, donde nadie pueda encontrarte. Un lugar donde puedas ser humana y vivir hasta que mueras.

—¿Y el clan? —pregunté.

—Tendrás que separarte de ellos.

El corazón me latía con fuerza, produciéndome un dolor familiar que no pude por menos de reconocer. El mágico vínculo entre el clan y yo les obligaría a ir en mi busca. Al igual que sabía que amaría a Rhode hasta el fin del mundo, sabía que mi clan no cesaría de buscarme. Asentí con la cabeza, pero no dije nada. Observé a los ciervos mordisqueando la hierba y lamiéndose el pelaje.

—¿No temes morir? —me preguntó él.

Negué con la cabeza. Rhode se volvió hacia la casa. Le tomé suavemente la mano para impedirle que echara a andar cuesta arriba. Él se volvió hacia mí.

—¿Estarás presente? —inquirí—. Si muero y fracasamos, ¿estarás presente?

Sus dedos rozaron la parte superior de mi mano. La volvió, me tocó la palma y musitó:

—Siempre.

—¿Cómo lo conseguiste? —Estaba fascinada. Me hallaba de nuevo en el oscuro apartamento, con la espalda apoyada contra los cojines. Pasé los dedos sobre el sedoso terciopelo. Deslicé las yemas sobre la suavidad del sofá, que hizo que se me pusiera la carne de gallina en las piernas. Antes, habría sabido que el sofá tenía una textura suave, pero ello no habría significado confort ni seguridad. Tan sólo suavidad.

—Esa noche. La última noche de la *Nuit Rouge*. Te fuiste a la cama... —empezó a decir Rhode.

—Después de matar a una de las doncellas —confesé, recordando a la muchacha joven y rubia a la que pillé desprevenida en el ático.

Rhode prosiguió con una leve sonrisa.

—Le dije a Vicken que habías decidido hibernar. Que dormirías durante cien años y yo te despertaría la *Nuit Rouge* de ese año.

—¿Por qué decidimos que serían cien años? No te lo pregunté nunca —dije.

—Sencillamente, por una cuestión de tiempo. Vicken estaría lo suficientemente distraído como para que yo pudiera trasladarte del lugar donde estuvieras hibernando en el cementerio. Sólo tenía que esperar una noche en que él no estuviera vigilando tu sepultura. Cuando se presentó esa noche, hace poco, te saqué de allí.

—¿De modo que han pasado cien años —pregunté, deseosa de ubicarme en el espacio y el tiempo— desde la última vez que estuve sobre la superficie de la tierra?

—Casi. Estamos en septiembre. Te he ahorrado aproximadamente un mes.

—¿Y llevaste a cabo el ritual hace dos días?

—Dos días —me confirmó Rhode.

—¿Y el clan? ¿Saben que he desaparecido?

—No lo creo. Vicken piensa que sigues enterrada. Recuerda que le dije que querías ser enterrada, para que fuera oficial. Le pareció una idea excelente. Deseaba tener la oportunidad de gobernar a tu clan.

—Yo no me habría opuesto a ello —dije.

—Ése es justamente el motivo por el que no dudó en creerme. Era mentira, Lenah. En cuanto me miraste a los ojos en los campos y me imploraste que te devolviera la vida humana, comprendí que mi búsqueda, mi vida de vampiro, tu vida de vampiro, lo que yo te había hecho, había llegado a su fin.

—No debí implorarte que lo hicieras. Te manipulé.

Rhode se rió, pero fue una breve carcajada.

—Así eres tú.

Miré la venda que llevaba alrededor de la muñeca y las oscuras ojeras que enmarcaban sus ojos. En ese momento me invadió un sentimiento de culpabilidad. En mi estado humano, no podía imaginarme sobornando a Rhode o amenazándole con suicidarme. Antes había sido muy fácil para mí, porque el dolor emocional que empaña la vida de un vampiro me impedía pensar de forma racional.

—Por favor, háblame del ritual —le pedí de nuevo.

Rhode se quitó la venda, desenrollándola lentamente, hasta mostrarme su muñeca. En la parte interior de la misma había unas marcas de colmillos —mis colmillos—, dos pequeñas incisiones en la parte interior de su muñeca. La de la izquierda estaba un poco más arriba que la de la derecha; siempre he odiado tener una dentadura ligera-

mente irregular. Habría reconocido las marcas de mis colmillos en cualquier lugar.

—Lo más importante es la intención. El éxito del sacrificio, pues se trata de un sacrificio, depende única y exclusivamente del vampiro que lleve a cabo el ritual. Como te he dicho, tardé dos días.

Rhode se levantó. Siempre que me hablaba de algo que le resultaba difícil empezaba a pasearse de un lado a otro. En cierta ocasión, en el siglo XVI, le pregunté el motivo. Respondió que era para no tener que mirarme a los ojos.

—La mayoría de los vampiros fracasan debido a la intención —continuó Rhode—. Tienes que desear que el otro vampiro viva. Y tú tienes que desear morir. Es el acto más generoso que uno puede realizar. Como sabes, semejante generosidad es casi imposible en el estado natural de un vampiro.

—¿Quién te dijo eso? —pregunté.

—Cuando te abandoné durante esos años, me fui a Francia. En busca de...

—Suleen —dije, aunque de pronto comprobé que me resultaba muy difícil respirar. *Rhode había conocido a Suleen... en persona.*

—Sí. Suleen acababa de salir de una hibernación de cincuenta años. Cuando te describí y le conté mi plan, me dedicó un halago que me reconfortó. Dijo que yo era el único vampiro con un alma lo suficientemente generosa para salir airoso de la empresa.

Le miré sorprendida. Debió de ser un momento muy especial en la vida de Rhode. Me habría gustado estar presente para ver su reacción cuando Suleen le hizo ese comentario tan importante.

Imaginé a Suleen. Era oriundo de la India, o lo había sido tiempo atrás, aunque ignoro cuándo. Es el vampiro

más viejo que existe. Nada en la vida, con sus problemas y complejidades, es capaz de turbar su espíritu. La muerte no es un impedimento para Suleen, ni desea retornar a la vida humana. Lo único que desea es vivir el tiempo suficiente para asistir al fin del mundo.

—Hay unas cuantas reglas más —me explicó Rhode—. El vampiro que lleva a cabo el ritual debe tener quinientos años. Suleen dijo algo sobre la química de un vampiro de esa edad. Es un ingrediente imprescindible. Pero ante todo repitió: «Lo importante es la intención, Rhode, la intención». La voluntad y el deseo de sacrificar tu vida para que otro pueda vivir. Los vampiros son egoístas, Lenah. Intrínsecamente egoístas. Tuve que buscar esa voluntad en mi interior.

—¿Te sacrificaste por mí? —musité. Era incapaz de alzar la vista del suelo. Rhode guardó silencio. Esperaba a que yo le mirara. Le odié por ello. Por fin nos miramos a los ojos.

—El ritual requería que te diera toda mi sangre. Al cabo de dos días te despertaste, más o menos, y me clavaste los colmillos. Tuve que dejar que bebieras toda mi sangre, o casi toda. Pero lo importante era la intención, la química de mi sangre, y mi amor por ti.

—Yo no hubiese accedido jamás a esas condiciones.

Para mi sorpresa, la estoica expresión de Rhode dio paso a una sonrisa. Una sonrisa feliz, de oreja a oreja.

—Fue por eso que lo hice cuando estabas débil e hibernando.

Me levanté. Entonces fui yo quien se puso a caminar de un lado a otro de la habitación.

—¿Dónde está Vicken? —pregunté, tratando de pensar como un vampiro. Tratando de unir todas las piezas. Había permanecido dormida durante cien años.

—Sigue en tu casa de Hathersage con el resto del clan. Supongo que espera tu regreso.

—¿Le has visto desde que entré en estado de hibernación?

—Es demasiado joven para que yo converse con él con la frecuencia que él desearía. Su energía me agota. No obstante, cuando me alojé con ellos, Vicken se mostró muy respetuoso. Es un luchador. Un excelente espadachín. Comprendo que te enamoraras de él.

Sentí que me sonrojaba, lo cual me sorprendió. Entonces comprendí que me sentía avergonzada. Miré de refilón los dedos de Rhode aferrados al brazo del sillón reclinable. Estaban marchitos, arrugados, como si alguien hubiera succionado todo el líquido que contenían.

—No te reprocho el que ames a otro —dijo.

—¿Crees que Vicken me ama? ¿Como te amo yo a ti?

Rhode meneó la cabeza.

—Vicken ama tu aspecto externo y tu deseo de sangre espesa y coagulada. Yo amo tu alma. Por haber sido mi alma gemela durante mi larga búsqueda en esta tierra. Eres, o eras, la criatura más cruel de todos los vampiros que he conocido. Por eso te amo.

No pude responder. Pensé en Hathersage, en los campos, en Rhode tocado con su chistera y en los ciervos pastando a lo lejos.

—Vicken me buscará —dije—. Como sabes, está ligado a mí. Y cuando me encuentre, el clan me destruirá. Yo creé el clan justamente con ese propósito. Para que busquen, capturen y destruyan.

—Fue justamente por eso que elegí este lugar.

—Ya. ¿Dónde estamos? —Recorrí el apartamento con la vista.

—Ésta es tu nueva escuela.

—¿Pretendes que vaya a la escuela? —inquirí volviéndome hacia él.

—Es importante que lo comprendas. —Pese a su debili-

tado estado, Rhode se levantó y se detuvo junto a mí. Me miró con tal ferocidad que en otras circunstancias me habría infundido temor—. Vicken irá a desenterrarte de tu tumba en el cementerio. Le prometí que regresarías la última noche de la *Nuit Rouge*. La fiesta concluye el treinta y uno de octubre.

—De modo que el treinta y uno Vicken encontrará un ataúd vacío. Fin de la historia.

—No es tan sencillo. Falta un mes para octubre. Tú eras una mujer vampiro, Lenah. Una de las más viejas de tu especie.

—Sé lo que era.

—¡Entonces no finjas que necesitas que te explique la gravedad de la situación! —me espetó Rhode, mientras seguía paseándose lentamente de un lado a otro. Yo guardé silencio. Cuando recobró en parte la compostura, Rhode prosiguió en voz más baja—: Cuando Vicken excave la tumba y compruebe que el ataúd está vacío, removerá cielo y tierra para dar contigo. Como tú misma has dicho, la magia que une al clan le obligará a hacerlo. Tú hiciste que fuera así. No descansará, ni él ni el resto del clan, hasta dar con tu paradero y conducirte de regreso a casa.

—No imaginé que me vería en esta situación.

—Ya, pero de momento, por fortuna, la magia que te protege te permite ciertos lujos: tu visión vampírica y tu percepción extrasensorial.

—De modo que conservo estos poderes —dije, levantándome. Miré de nuevo alrededor de la habitación. Sí, tal como había dicho Rhode, veía todos los adornos que había en ella, hasta los nudos en la madera del suelo y la perfección de la pintura en las paredes.

—Conforme te integres en esta existencia humana, esos poderes se desvanecerán.